

Y todo será inútil, y todo será en vano;
será el afán de siempre y el idéntico arcano
y la misma tiniebla dentro del corazón.

Y ante la eterna sombra que surge y se retira,
recogerán del polvo la abandonada lira
y cantarán con ella nuestra misma canción.

III POR LOS MUERTOS

III
POR LOS MUERTOS

En la muerte de Jesús E. Valenzuela

En la muerte de Jesús F. Valenzuela

.....Y llegó
de dos veces, porque no
se atrevió de la primera.
.....
Enviar delante previno
a su propio entendimiento.

Calderón de la Barca.

Era un fauno poeta con el alma infantil;
volcó sobre la vida todo su corazón;
en su boca sonaba una dulce canción,
y se abrieron sus ojos en un perpetuo abril.

Nunca cerró egoísmos en torre de marfil.
Yo lo ví, como el ángel de la consolación,
prodigando a los vientos el oro de su arcón,
y sin volver el rostro de gesto señorial.

A su mano y su numen sólo brindó quietud
al dar de su escarcela el escudo postrer
y al estallar la última cuerda de su laúd.

La muerte fué piadosa . . . Ordenó preceder
al espíritu el viaje, y en suave lentitud,
se llegó paso a paso . . . como un anochecer.

El buen maestro

(Leída en la Velada que la Academia Mexicana de la Lengua
dedicó a la memoria de don Justo Sierra).

¿Qué pupilas absortas en el solemne y grave
misterio de la muerte, vieron pasar su nave?
¿Qué espíritus fraternos, en la penumbra quieta
de un pálido crepúsculo, sonríen al poeta?
¿Qué manos, hoy que vaga por sendas milagrosas,
aportan sus ofrendas de nardos y de rosas?
¿En qué visión se sacia, en qué corriente abreva
los labios que ya cantan la jubilosa nueva?...

Sin terrenales trabas, y roto ya el pequeño
valladar de la carne, hoy se abisma en su sueño.
Ya sabe que no en vano siguió por el camino
trazado por el dedo de un glorioso destino,
y en el postrer peldaño de una mística escala,
en un cansancio heroico vino a plegar el ala.

Siempre llevó en la mano su lámpara encendida,
esquivando ir a tuestas a través de la vida;
cruzó con firme planta por valles y llanuras,
los ojos siempre fijos en vértices y alturas;
paseó por el mundo un vasto pensamiento
alado y tembloroso como flámula al viento,
y fué a contar al alma callada de las cimas
el tormentoso y único secreto de sus rimas.
Y cuando ya volvía de sus cimas hurañas,
de dialogar con riscos, de vivir con montañas,
bien nutrido de fuerza, de silencio y de asombro,
con su nimbo en la frente y su laúd al hombro,
aun ardía su lámpara. . . . No vino con el yerto
ánimo del apóstol a decir: Dios ha muerto.
Su esperanza y su sueño no sufrieron mudanza;
la cumbre dejó incólumes el sueño y la esperanza.

Fué sabio. . . . Sólo es sabio quien ahonda y penetra
el alma de lo escrito, desdeñando la letra,
y él trajo de sus noches de insomnio silenciosas,
amor para los hombres, piedad para las cosas.
Bajó de las alturas con la simiente sana
cosechada en sus horas de inmensa angustia humana,
y la regó a los vientos, sin cuidar si caía
el grano fecundante de su sabiduría
sobre la tierra próspera, sobre candente arena. . . .
¡Fértil o yermo el campo, la simiente era buena!
Tuvo la fe que salva, la fe que vivifica;
no el soplo que derrumba, sino aquel que edifica;
y tuvo fe en su dogma porque era planta noble,
como laurel florida, y fuerte como un roble.
Tuvo la fé que triunfa, y no temió que un día
la ranca destructora de la humana osadía
fuera a cortar el tallo, a deshojar las rosas
o a tapizar el suelo de plantas ponzoñosas. . . .
Los gérmenes que supo bajar de la montaña
viven intensamente y ahogan la cizaña.

Fué bueno. . . . Siempre tuvo una flama encendida,
un Dios, una bandera que agitar en la vida,

y una mirada honda, con avidez inquieta
de reflejar las cosas, como todo poeta.
Y fué su propia vida como la limpia fuente
que en el boscaje ríe y llora mansamente,
que corre serpeando alegre por el suelo
y va mojando el césped y va copiando el cielo;
ésa que va cantando su vida en cada gota
que de las viejas abras de los peñascos brota;
la que se da propicia a la sed anhelante
del pájaro viajero, del tallo vacilante
de la silvestre rosa que columpia en la orilla
su fresco olor de gracia y su beldad sencilla . . .
¡Bendígante los hombres, oh, corriente serena
que al labrador que torna de la áspera faena
le das el agua limpia cuya frescura calma
al par la sed del cuerpo y la avidez del alma!

Una tarde el poeta rememoró su monte;
vió la llanada exigua, estrecho el horizonte,
y sintió la nostalgia de los viejos caminos,
de las nieves en calma, del olor de los pinos,
el temblor religioso y la mortal pavora
de estar abajo, el ansia de tornar a la altura . . .

Y en un esfuerzo púgil, en un ferviente anhelo,
tornó a sus soledades y recobró su vuelo.
Hoy sabe que no en vano siguió por el camino
trazado por el dedo de un glorioso destino,
y en la postrera linde de místicas escalas,
en un cansancio heroico deja caer las alas.

IV
EXÓTICAS

EXORCIS

Así hablaré.....

(DE RENATA VIVIEN)

Cuando el Señor asome su rostro en mi agonía,
«Cristo, no te conozco»,—le dirá la voz mía.—

«Señor, no fué mi norma la estricta ley cristiana,
y he vivido lo mismo que una simple pagana.

«Su ingenuidad te muestra mi corazón desnudo;
mas él no te conoce ni conocerte pudo.

«Huí como la arena, como el agua he pasado;
si pequé, no me daba cuenta de mi pecado.

«El mundo era a mis ojos cual floresta divina.
Bebía el alba clara, la fuente cristalina.

«El sol me enardecía con su quemante ardor
y a femeniles brazos me empujaba el amor.

«Un pabellón soberbio el cielo semejaba.
Apareció una virgen en mi umbral. Yo esperaba.

«Cayó la noche... ¡Oh, día! ¿por qué en infausta hora
con su luz mortecina trajistes a la aurora

«que la encontró en mi lecho? Ella durmió conmigo
como la amada duerme en brazos del amigo,

«y desde aquel instante mi ensueño se desvela
pidiendo eternidades al momento que vuela.

«No advertí de la amada la frialdad en los ojos,
y la adoré burlando tu ley y tus enojos.

«Pendientes de esos ojos, sólo su amor buscaron
los míos... Y las gentes de bien me lapidaron.

«Sólo su voz amaba, sólo su voz oía
y bien supe que nadie mi afán atendería.

«Pero llega la noche, y mi nombre y mi pena
se borran como cifra que se escribe en la arena.

«Serán los nuevos días engañosos y adversos.
Nadie al caer la tarde recitará mis versos.

«Señor, mírame y júzgame... En la hora presente,
ante el silencio humano estamos frente a frente.

«El amor me ha brindado amargura y consuelo.
y no soy acreedora de infierno ni de cielo.

«No escuché la armonía celestial de tus santos
por ocupar mi oído en extranjeros cantos,

«esos cantos de Lesbos cuyos coros callaron.
Mis versos no tus glorias ni tu amor celebraron.

«Mas no lancé blasfemias en mi demencia loca;
el beso fué la única blasfemia de mi boca.

«Déjame en el silencio nocturno apetecido,
unirme con aquellas que no te han conocido.

«Safo preludiaría en su laúd un canto
de mi adorada virgen celebrando el encanto.

«Alba como los lirios al ver a mi doncella,
la juzgara más blanca que Attis y más bella.

«Nosotras las del coro, comprimido el aliento,
cual antes Mitilene oiríamos su acento,

«aportando en las manos las antorchas, las flores...
No pudimos amarla bajo tiempos mejores,

«cuando ágil escanciaba, entre oro y sederías
de los mullidos lechos, néctares de alegrías.

«Cuál celebrara ella en su claro cantar
aquel vergel lesbiano que se abre sobre el mar,

«vergel de las cigarras, do se escapa embriagante
el olor del racimo como carmen vibrante.

«Flotaran nuestras túnicas entre los blancos velos
de Attis y de Timas y de Eranna de Telos.

«Y aquellas cuyo nombre de sólo oírlo encanta,
se agruparán en torno de la aeda que canta.

«Cristo, ya que no pude conocerte y amarte,
en la ocasión suprema del morir voy a hablarte:

«Fuí sólo una pagana; perdóname, Señor,
y déjame que vuelva al antiguo esplendor;

«y pues que ya la hora de la muerte ha venido,
úname con aquellas que no te han conocido» . . .

Una «Balada de la Noche»

(PAUL FORT)

Los dos enlutados, la reina y el rey,
se van por el bosque al anochecer.

Porta collar ella, él áureo toisón

—«Tu collar te vuelvo; murió nuestro amor».

—«Me has amado, reina. ¿Lo podré olvidar?
Toma el toisón de oro y guarda el collar.

De la luna al brillo, y al leve rumor
del bosque, cambiemos nuestro último adiós».

Una sombra torna al castillo.... Huyó
otra por la selva, y un oro brilló.

Ya todo se ha dicho.... ¿Diré cosa alguna
de amores difuntos en noches de luna?

¿Diré que impasible el cielo no cuida
ni de nuestros sueños ni de nuestra vida?

Amad —y en el cielo la borrasca truena—
Sufrid —y la luna ríe de la pena.—

Sobre amores muertos se engalana el cielo.
¡Elocuente muestra de amores eternos!

De tristeza muere aquí la canción.
«Un rey y una reina juráronse amor»....

De tedio se muere aquí la canción:
«Amores terrenos ¡cuán pequeños son!»

El comedor

(FRANCIS JAMMES)

Tengo un antiguo armario de maderas sombrías
que ha escuchado las voces de mis difuntas tías,
que la voz de mi padre
y la voz de mi abuelo oyó como testigo.
Él guarda sus memorias como sincero amigo,
y se engaña quien juzgue que siempre se halla mudo,
pues que yo hablo con él y él conversa conmigo.

Tengo pegado al muro un cuco de madera
que ha mucho que no canta su canción lastimera.
La causa del silencio no se la he preguntado.
Llego a pensar a veces que la voz se ha quebrado
en sus ruedas ocultas y resortes cubiertos
así como se rompen las voces de los muertos.

Tengo también un viejo aparador cerrado
y que, al abrirlo, esparce olor a confituras,
a cera, panecillos, carne y peras maduras.
Es un sirviente probo
cuya fidelidad predica contra el robo.

Vienen hombres, mujeres, numerosas visitas
que no creen en esas invisibles almitas;
y yo callo y sonrío de que me juzguen solo
cuando algún conocido, con su gesto cordial,
entra y me dice: hola, señor Jammes ¿qué tal?»

El Barquero

(EMILE VERHAEREN)